

Los olores

Alan Fernando Pérez Rolón*

Fue una tranquila mañana de domingo, cuando una horrenda pestilencia apareció en las calles del pueblo. No hubo un consenso certero de dónde provino en primera instancia, como si hubiera brotado simultáneamente por todos lados, emanando del suelo, de los árboles, del aire.

Al principio creyeron que otra ballena había encallado, así que tras cubrirse nariz y boca para evitar algún contagio o prevenir la vomitadera que se suscitó desde temprano, otearon la costa por horas sin hallar siquiera un pececillo muerto. Después se asomaron por los riscos, pero en la arena sólo tenían presencia rocas y cangrejos.

Algunos alegaron que en algún ajuste de cuentas, las malas gentes habían dejado los cuerpos de sus víctimas tirados en el monte, a lo que feligreses alarmados se dispersaron a los alrededores, buscando la ignota carroña para que no quedase sin digna sepultura. Pasado el mediodía dejaron la búsqueda, pues ni un cadáver fue encontrado, y el origen del insoportable hedor permaneció en las sombras.

Esa misma tarde, una de las familias almorzaba con cierta tranquilidad tras retirarse trémulos sus tapabocas, que dentro del hogar no tenía mucho caso usarlo. No obstante, ante una papa del caldo luciendo apetitosa, el niño acercó su nariz al tubérculo con el afán de olvidar por un momento la ponzoña que flotaba por la calle y quedarse con el olor de la buena sazón de su madre. Para desgracia de todos en la mesa, el aroma despedido por la papa no fue lo esperado, y tras irse de espaldas con todo y silla, el niño fue incapaz de quitar las muecas de asco y confusión de su boca, ahogando el vómito que ya sentía reptando por su esófago. Enseguida, la madre olisqueó la olla con el caldo de res, y se dio cuenta de la podredumbre que emanaba. La cosecha parecía estar contaminada, de modo que todos en el pueblo desecharon las verduras.

* **Estudiante de Licenciatura en Lingüística en la Facultad de Letras y Comunicación, Universidad de Colima.**

Al día siguiente, cuando llegó una carga de mercancía, el conductor del coche preguntó qué era lo que provocaba tal fetidez, pues desde que cruzó el puente tuvo que andar con una franela en la cara, casi devolviendo el desayuno, después de irremediablemente dudar si no sería mejor dar la vuelta, a lo que la señora de la tienda de abarrotes mintió al decir que algunas vacas habían estado muriendo de cierta extraña epidemia, y para lamento del pueblo se estaban tardando en cavar una fosa para tantos kilos de carne putrefacta.

El conductor les pagó a unos niños que andaban por la banqueta para que bajaran las cajas y rejas, ya que aun tapándose, el aroma penetraba la franela y le era imposible concentrarse. Cuando la cajuela estuvo vacía, el conductor le dijo que en un mes volvería a abastecer, a lo que la tendera le sugirió hacerlo un poco antes, ya que por la peste, los habitantes del pueblo desconfiaban un poco de la tierra y se aprovisionaban con los productos de su negocio. Así acordado, el conductor se subió a su coche y dio vuelta en u, con tal urgencia que parecía que sacaría la suspensión de su sitio, mas sólo quedó la polvareda levantada tras la huida.

Como los hombres que trabajaban en el campo terminaban exhaustos por respirar la ponzoña que deambulaba por el aire, incluso con tapabocas, una comitiva liderada por el carpintero se apersonó en una parcela de maíz para descubrir qué era lo que olía. Después de elegir por azar a un involuntario, el desafortunado taquero descubrió que una de las mazorcas apestaba sin piedad ante su pobre nariz, la dejó caer y una combinación de jugos gástricos le subió por la garganta, pero puso firme su semblante, pasó saliva y fue por la mazorca.

—Deja eso, hijo —sugirió el carnicero, consternado.

A pesar de la negativa imperiosa, el taquero tomó la mazorca y le dio un mordisco. Todos esperaron lo peor, un salvaje espasmo seguido del asqueroso revoltijo del estómago intentando devolverse, sin embargo, nada sucedió.

—Sabe normal, desabrido pero no sabe a lo que huele.

Y así lo comprobaron con la carne, el agua y la cerveza. Todo olía a tufo y putrefacción, pero su sabor era el de siempre. Incluso las frituras de la tienda apestaban, pero seguían con el gusto inalterado.

Las costumbres, sin embargo, habían cambiado. Las mujeres ya no olían sus guisados por más que el sabor en

el dedo auguraba una sensación similar con la nariz, y ni siquiera lo intentaban temerosas de arruinarles la comida a sus maridos e hijos. Los jóvenes amantes, tan acostumbrados a aspirarse con pasión esos rincones prohibidos, aquellos a los que se llega en la intimidad, preferían ahora sólo lamerse y besarse, pues ni el amor que le profesaban a su acompañante en la oscuridad de los establos y en las hondonadas del monte era suficiente para soportar la fetidez que brotaba de su piel.

Poco a poco olvidaron la utilidad del sentido del olfato, teniendo la nariz como un apéndice útil sólo para respirar. Como el hedor dejó de provocar dificultades para la vida diaria, a nadie le interesó qué era lo que olía, y de dónde había salido. Cierta vez, mientras los niños jugaban en la tierra, uno jaloneó a otro arrancándole el tapabocas. Todos se quedaron quietos, y las niñas se llevaron la mano a la boca.

—Se va a vomitar —dijo una vocecilla ahogada.

Pero el niño despojado ni se inmutó. Aquellos ojos a su alrededor vieron por primera vez en semanas una nariz olfateando con la naturalidad con la que los perros lo habían estado haciendo todo el tiempo.

—Ya no huele feo —dijo el pequeño, y se acercó trémulo a una de las niñas, la que le gustaba, y la olfateó con cierta animalidad el cabello.

—Hasta tu pelo huele bonito otra vez.

Entonces todos se quitaron los tapabocas y corrieron a decirles a sus mamás y a todo aquel que se cruzaba por su camino que ya se podía oler de nuevo, la pestilencia se había ido. Todos alegres en casa olfatearon el guisado de la madre, la tierra mojada por el riego, el pelaje de sus gatos y la ropa recién lavada. Hubo jolgorio en el pueblo, y si antes no se enterró por completo el interés por aquella horrida y desconocida peste, ahora lo estaba.

Semanas después llegó en el coche con insumos, y la tendera desocupó el espacio para atender al conductor, recibéndolo con una sonrisa. En eso, vio al hombre estacionándose, con el ceño fruncido y un paliacate amarrado tapándole la mitad inferior del rostro. La imagen le heló la sangre a la mujer, y necesitó sostenerse en una estantería cuando escuchó al conductor preguntarle si todavía faltaban más vacas por enterrar.

Poco a poco olvidaron la utilidad del sentido del olfato, teniendo la nariz como un apéndice útil sólo para respirar.